

## Las parejas sin argumentos

No deja de ser curioso que el trabajo remunerado de las mujeres no genera automáticamente un equilibrio entre los miembros de la pareja y, en muchos casos, lleva añadido un considerable aumento de las horas de trabajo de las mujeres que, además del trabajo remunerado- incluidos los casos de mayores ingresos-, realizan la mayor parte del trabajo doméstico y de las tareas de cuidado de las personas dependientes.

La identidad masculina se ha asentado tradicionalmente sobre el rol de proveedor de los varones, que al convertirse en coprovedores se desdibuja. El paso de proveedor único a coproveedor debería acompañarse del reparto de responsabilidades en el hogar, el ser 'codoméstico', pero no ocurre así. Mientras que para las mujeres convertirse en trabajadoras remuneradas supone un mayor reconocimiento social, para los varones asumir las responsabilidades domésticas y de cuidado no va acompañado del correspondiente reconocimiento social, más bien al contrario, la identidad masculina sufre dos desvalorizaciones. La primera, por dejar de ser único proveedor y, la segunda, por tener que asumir tareas domésticas, que no tienen la consideración de trabajo y están socialmente desvalorizadas.

Juan tras tres años de matrimonio acabó sin mantener relaciones sexuales con su pareja a causa de la falta de deseo de ésta. Aunque a su mujer le encantaba el trabajo que realizaba, le resultaba estimulante y satisfactorio aunque la remuneración fuera baja, - algo frecuente en los trabajos de las mujeres- él le rogaba que buscara otro que reportara mayores ingresos o que estuviera más tiempo en casa y gastara menos. Este tipo de episodios de insatisfacción generalizada se dan con mucha frecuencia y la esposa de Juan ha dejado más de un trabajo prometedor para ella en más de una ocasión. Juan presenta un patrón permanente de actitudes de oposición y respuestas pasivas y soterradas ante las demandas de igualdad que exigen un rendimiento igualitario y adecuado en las tareas domésticas, el tiempo libre y el cuidado de los hijos. Juan presenta una resistencia pasiva y múltiples quejas de incomprensión y de ser poco apreciado por ella con frecuentes arranques de hostilidad y facilidad para discutir, con muestras de resentimiento alternando amenazas hostiles con muestras de arrepentimiento. En ese momento "ella está hasta la coronilla" de sus quejas y se ha negado a seguirle el juego. "Estoy enferma de tanto tirar de la relación" dice ella. "El no desea arreglar las cosas, lo quiere todo y, tan solo consigue frustrarme a mí".

Tras tres meses de terapia individual Juan estaba bastante desanimado, sólo sabe que es "un hombre algo difícil", y aunque empieza a vislumbrar que es responsable de sus problemas, los considera de carácter psicossomático. Sin embargo, el reconocimiento de su responsabilidad dura muy poco cuando se trata el tema de los ajustes de gastos e ingresos de ambos miembros de la pareja. Se resiente particularmente de sus antiguos compañeros de secundaria quienes "han conseguido todo lo que deseaban en la vida, sobre todo un buen status". Juan se queja en ocasiones de ganar menos que su esposa o bien de tener que dedicarle demasiado tiempo a la familia y poco a si mismo. La revisión de su infancia consigue explicar algo más de su situación conyugal. Juan se sentía muy unido a su madre, mujer displicente y trabajadora- ya no quedan mujeres como esas, dice-, y quien le había reportado toda suerte de dichas, y cuando al niño de mamá algo le frustraba, Juan simulaba ponerse enfermo y vomitaba en el baño, se quejaba entonces de que el genio de su madre le había hecho sentir demasiado alterado para seguir adelante con sus tareas o conseguir el objeto de deseo. Presentaba entonces

todo el abanico de resistencias emocionales que le hicieran recuperar su estatus, al igual que en su relación actual: desilusionado, irritable, con críticas sutiles, con posposiciones de las tareas de manera engañosa, empleando quejas generalizadas difusas y triviales.

Lo que Juan representa es la versión homo devaluada, a la que hay que sumar la excesiva penetración de la lógica de consumo en las familias. No deja de ser curioso las cada vez más frecuentes narrativas en psicoterapia de pareja, campo íntimo de los individuos, donde se esperaba que los sentimientos afloran con narrativas afines, comiencen a ser sustituidos por narrativas con atributos económicos importados del ámbito mercantil. " Ya no me aporta nada" dice el cónyuge abandonante.

Son estos obstáculos los que ralentizan la construcción de la igualdad en la pareja y aunque el ideal predominante sea la igualdad entre varones y mujeres, en la práctica las estructuras de desigualdad son omnipresentes. La disonancia entre el ideal y los obstáculos que aparecen en la práctica generan incomodidad y deseos de cambio sobre todo a las mujeres, mientras que los varones, por su parte, están más conformes con las relaciones asimétricas que les benefician.

Todo ello explica en gran medida la volatilidad de tantas relaciones de pareja, que pasan a ser consideradas por los hombres como un objeto de consumo vital más y, en cuanto tal se abandonan en el momento en el que dejan de proporcionar la satisfacción para la que – para ellos- fueron adquiridas.

Sin tal relevo, quedan sin existencia, en una sociedad de consumidores que devalúa la durabilidad, la permanencia, y en lo que lo viejo es asimilado a inservible. No quedan pues argumentos para perseverancia alguna.